



EL DUENDE VERDE

Braulio Llamero

EL INVENTOR DE MAMÁS

Ilustración: Emilio Urberuaga

Antes casi todo se hacía en casa. Me refiero a cuando mis abuelos eran tan jóvenes como tú. Cada familia se hacía su pan, sembraba sus patatas, fabricaba su ropa.

;Y hasta se construían ellos mismos sus casas!

Entonces llegó el Progreso. El Progreso es una cosa que tiene muchas profesiones y máquinas. Y cuando hay Progreso, el pan sólo lo hacen los panaderos, las patatas sólo las siembran los agricultores, la ropa sólo la hacen las fábricas y las casas sólo las pueden levantar las, grúas.

El Progreso necesita también muchas máquinas.

Cada vez más máquinas. Todo tipo de máquinas.

Máquinas de coser la ropa, máquinas de hacer pan, máquinas de construir grúas...

Un día que no tenía nada que hacer me puse a pensar en todo esto. En que cada vez hay más máquinas que saben hacer cada 'vez más cosas. Y cosas cada vez más difíciles. Fíjate en las calculadoras: hacen operaciones difícilísimas y ni siquiera tienen que contar con los dedos, como yo.

Total, que empecé a imaginarme máquinas nuevas
Máquinas que aún no están inventadas, pero, a lo

mejor, cualquier día va y las inventa alguien. Imaginé una máquina para dar la merienda por la tarde. Una máquina de hacer reír para que descansen los payasos. Una máquina que jugara con tus juguetes,, para que tú pudieras jugar a otra cosa. ¡O una máquina que fuera capaz de fabricar mamás

¿Te imaginas una enorme fábrica donde se hicieran mamás como si fueran coches? Mamás de las de verdad, no de juguete. ¿Nos gustarían esas mamás fabricadas y compradas?

Si tienes tiempo, lee la historia que viene tras esta página. Y sabrás lo que le pasó a Carlitos cuando conoció a un inventor de mamás. Verás qué divertido.

DON CARLOS

GUSTAVO (O SEA, CARLITOS)

CARLITOS vive en una casa inmensa. Bueno, más que una casa, parece un palacio. Tiene ochenta habitaciones y catorce baños. Él, para divertirse, usa un baño cada día.

Alrededor de la casa hay un jardín tan grande como un bosque. Cada vez que juega al escondite con algún criado, si Carlitos quisiera no sería descubierto ni en un año. Lo que pasa es que estar oculto un año, o tan solo un mes, es una cosa terriblemente aburrida. Dentro de la casa nunca hay menos de cuarenta criados. Y todos están a las órdenes de Carlitos.

O sea, que cuando él dice;

—Quiero una chocolatina!

¡Hala!, se presentan cuarenta criados llevando cada uno una bandeja de plata. Y en la bandeja, un montón de chocolatinas de todos los sabores, colores y tamaños.

—Qué chocolatina desea don Carlos Gustavo?— preguntan los criados con mucha reverencia.

Y don Carlos Gustavo, o sea Carlitos, en vez de alegrarse y elegir las chocolatinas que prefiera, va y pone cara de berrinche.

un lío! —protesta—. Si pido una chocolatina, ¿por qué tenéis que traerme mil quinientas?

Se cruza de brazos y no come ni una.

Otras veces dice Carlitos:

—Quiero una bici de carreras.

Y, ¡hala!, se presentan los cuarenta criados con otras tantas bicicletas.

—Cuál quiere, don Carlos Gustavo? —le preguntan con la seriedad de costumbre.

Y don Carlos Gustavo, o sea Carlitos, coge y les saca la lengua.

—Las quiero todas!

Después resulta que no corre con ninguna. Se le pasa el día en decidir cuál de todas es más rápida y se va a la cama sin saberlo.

Igual le ocurre en *otras* cosas.

Y así, pudiendo ser el chico más feliz del mundo, se siente en realidad muy desdichado y suele tener los ojos tristes.

Su padre, aunque lo vea en ese plan enfadado y protestón, no se preocupa mucho.

—Lo que pasa es que Carlitos está mal acostumbrado —suele decir—. ¡Por algo es el hijo único de don Olegario Barrús!

Y se acaricia con orgullo la barriga.

No es para menos. El papá de Carlitos, efectivamente, es don Olegario Barrús y Barrús, presidente del poderoso grupo de empresas Barrús S.A. Más de cien fábricas a lo largo y ancho del país

son tuyas. Y dicen los entendidos que tiene tanto dinero que podría comprar la luna si algún día la ponen a la venta.

Lo único que no puede comprar don Olegario **ES** tiempo. Nunca tiene tiempo para nada. Anda sin parar de allá para acá, saltando de país en país, cruzando mares y océanos. Y siempre, pendiente del reloj. Por eso Carlitos y él no se ven mucho.

—Pero no importa —dice también don Olegario—
. Aunque no me vea. mi hijo está perfectamente servido y atendido. Para eso pago los criados, las doncellas, y los jardineros y todo el personal. A Carlitos no puede faltarle **de** nada. Eso es lo importante

Quizá las cosas fuesen de otra manera si la mamá de Carlitos no hubiese muerto cuatro años; antes en un accidente de tráfico. Cuando ella vivía, papá paraba más en casa

CARLITOS odiaba los martes. Ya se lo había dicho a Filiberta, su ama de llaves, al despertar:

—No quiero levantarme! ¡Los martes son aburridísimos!

Los miércoles, en cambio, no eran aburridísimos: eran “odiosos”. Los jueves eran “estúpidos”.

“Insoportables”, los viernes. “Pesados”, los sabados. Los domingos eran “horribles”. Y los lunes, “el colmo”.



De sobra conocía filiberta el adjetivo que * Carlitos ponía a los martes. Así que no le hizo el menor caso. —El desayuno está preparado —avisó antes de irse—. Y recuerde, don Carlos Gustavo, que su clase empieza dentro de media hora.

—Las clases de los martes son también aburridísimas —respondió él desde la ducha.

Sin embargo y pese a sus protestas, aquel fue un martes como otro cualquiera.

Bueno, casi como otro cualquiera.

Asistió a las clases particulares del profesor Burundio. Comió solo en el extremo de una larguísima mesa. Y vio dibujos animados durante un buen rato. Después, empezó a jugar por toda la casa. —¡Cuidado! - --chilló la cocinera Lampareta, al verlo llegar corriendo como un rayo y sin advertir la presencia de una gran caja de berzas que acababa de posar en el suelo.

—Lo siento —se disculpó sonriendo y asomando la cabeza entre el montón de berzas en el que había caído.

—Atención! —le gritó el jardinero Segundo, al ver que tropezaba junto a uno de sus más hermosos rosales.

—Ayayay! —le respondió Carlitos, mirándose el dedo que una de las espinas de las rosas acaba de pincharle ¡si la menor piedad.

—Párese, don Carlos Gus. .!—quiso decirle el mayordomo Florián, al ver cómo se deslizaba velozmente por la brillante barandilla de la escalera del salón.

Pero antes de acabar la frase, Florián estaba en el suelo y Carlitos sentado en su barriga.

—Recuerde que tengo permiso de su señor padre para darle un buen par de cachetes! —le dijo muy

serio y colorado el mayordomo.

Carlitos se levantó de un salto y le sacó la lengua:

—A que no me pillas! ¡A que no me pegas...!

Florián se puso en pie trabajosamente y miró a Carlitos con irritación; o sea, muy enfadado.

—Don Carlos Gustavo, haga el favor de acercarse!

—¡De eso riada, monada! ¡Pillame si eres capaz!

Y salió corriendo escaleras arriba, perseguido por Florián que parecía haberse tomado muy en serio lo de darle unos cachetes.

Como la casa era tan grande, Carlitos atravesó un buen número de habitaciones y pasillos hasta comprobar que ya no se oían ni las voces ni los pasos de Florián.

Se dejó caer en la butaca más cercana y miró los muchos libros que había en aquella habitación a la que había ido a parare Era la biblioteca. Allí tomaba papá café los pocos días que estaba en casa a la hora del café.

Alguna que otra vez había curioseado aquellos libros. Pero eran todos tan aburridos como los martes. Se titulaban: *Análisis estructural de los cambios económicos en la posguerra*, *Parámetros económicos*, *Elasticidad de precios y su repercusión inflacionista*, y cosas por el estilo.

En cambio, no había ni un solo tebeo.

—No me extraña que papá sólo venga aquí para tomar café —pensó Carlitos, recordando que nunca lo había visto leyendo un libro.

Su mirada fue a parar después a la bandeja de plata que había en la mesa, frente a la butaca en la que se había sentado. Estaba llena de cartas. Siempre que don Olegario se hallaba ausente, Florián dejaba allí, cada mañana, la correspondencia.

Carlitos se acercó a la bandeja y fue leyendo los remites. Eran tan aburridos como los títulos de los libros de la biblioteca. Las cartas procedían de empresas, direcciones generales, gerencias y lugares aún más raros.

Ninguna llevaba nombres de personas. Parecía que al papá de Carlitos nunca le escribía gente, sólo fábricas y sociedades anónimas.

Con una excepción. Había una carta, una sola, que estaba escrita a mano. Y en el remite sí se leía un nombre propio:

Guillermino Sirofán. Procedía de Zamora, del número 104 de una calle llamada Balborraz.

Algo más le llamó la atención. Tenía el sello de “Urgente”.

Salió al pasillo y le preguntó al primer criado que vio, el camarero Pepe Alcance:

—Cuándo vuelve papá?

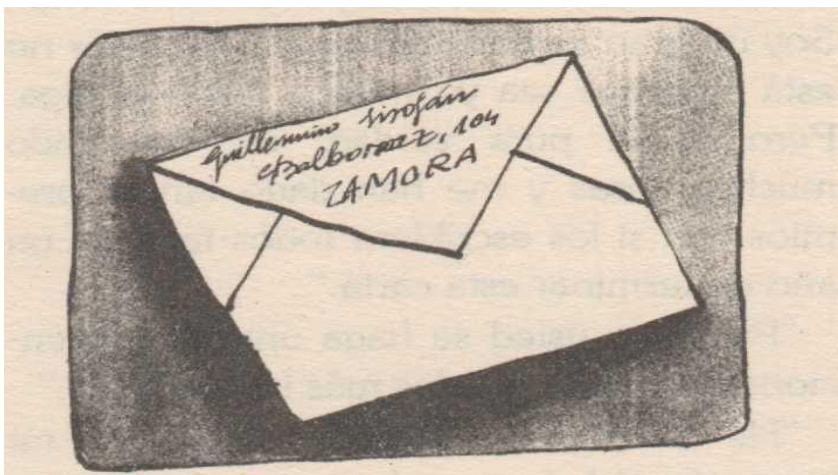
—Estará dos semanas fuera. don Carlos Gustavo.
Recuerde que acaba de irse a Hispano-américa...

—Gracias, Pepe.

Regresó a la biblioteca y miró con cierta pena la carta escrita a mano. De nada le iba a servir lo de su “urgencia”. Don Olegario no podría leerla hasta su vuelta y quizá para entonces fuera ya inútil la lectura.

No pudiendo detener por más, tiempo su curiosidad, hizo lo que nunca antes se había atrevido a hacer. Cogió el abrecartas que estaba al lado de la bandeja y abrió el sobre.

“ESTIMADO señor Barrús ---decía la carta—:
Usted a mí no me conoce y yo a usted tampoco. Así que empezaré por presentarme.”



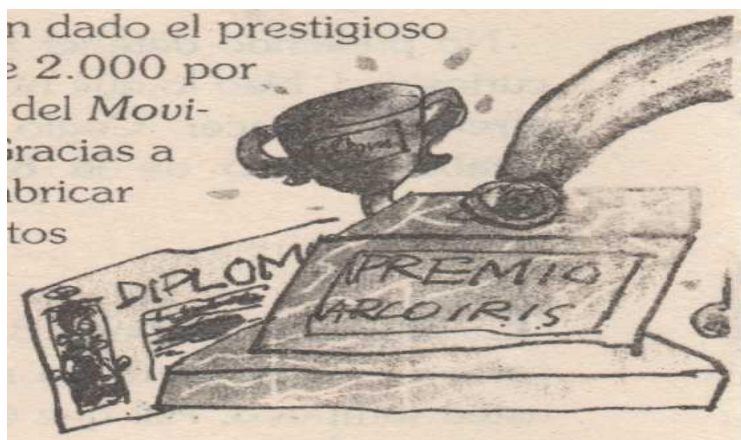
“Me llamo Guillermino y también Sirofán. Soy un gran inventor, aunque a lo mejor no está bien que sea yo mismo quien lo diga. Pero es la pura verdad. He

inventado muchas cosas y me han dado tantos premios que si los escribiera todos tardaría un año en terminar esta carta.”

“Para que usted se haga una idea, mencionaré tan solo los dos más importantes.”

“He recibido el premio Arco Iris por mi invención del *Juntanubes*, un aparato que permite hacer llover donde se quiera. Incluso en el desierto más seco del mundo.”

“También me han dado el prestigioso galardón Horizonte 2.000 por mi descubrimiento del *Movimiento Inmóvil*. Gracias a él se han podido fabricar complicados aparatos que corren cuando están parados y se detienen en cuanto corren.”



Sin embargo, todo esto no es nada comparado con el último y más genial de todos mis descubrimientos.

Acabo de inventar, y entro ya en materia, estimado señor Barrús, el *inuenmamis*. ¡Una portentosa máquina fabricante de mamás!

“Sí, ha leído usted bien. No piense en ningún instante que miento o estoy chalado. Tras largas y laboriosas investigaciones he logrado mi más perseguido sueño de inventor. Estoy en condiciones de iniciar de forma inmediata la fabricación de mamás, de verdaderas mamás. Y no sólo eso: madres todas ellas diferentes y a gusto del comprador.”

“No creo necesario explicarle a usted, un hombre célebre en el mundo de los negocios, los beneficios que pueden conseguirse con este invento. Piense por un instante en los muchos niños que, por diferentes desgracias, carecen de madre. O en los que viven con padres separados y sólo de vez en cuando ven a la madre, O en los que sí tienen madre, pero no les gusta y querrían cambiarla por otra o tener dos ...”

“Todo ello, y mucho más, va a ser posible gracias al *invenmamis*.”

“Mi único problema es que yo no soy empresario. Por eso, aunque tengo el invento y el primer *Invenmamis*, yo solo no puedo encargarme de la fabricación de los cientos de miles de mamás que muy pronto empezarán a pedir.”

“Lo que en resumen le propongo es que seamos

socios. Yo le doy el invento y usted se encarga de la fabricación y venta de las mamás. Los beneficios económicos que se obtengan los repartiremos como usted estime oportuno.”

“Su respuesta, eso sí, deberá llegarme en el menor tiempo posible. Temo que alguien descubra mi fabulosa invención y trate de robarla o copiarla. Por ello, tengo necesariamente que ponerle de plazo una semana. Si en siete días no recibo su respuesta, entenderé que incomprensiblemente rechaza mi oferta y ofreceré el *Invenmarnis* a otro empresario.’

‘Un atento saludo: Guillermo Sirofán.’”

Carlitos leyó varias veces la carta.

Aquello era realmente estupendo. Si el inventor decía la verdad, papá podía realizar el mejor de todos sus negocios y hacerse aún más rico de lo que ya era.

Y había otra cosa, más fascinante todavía. Su papá podría regalarle la primera mamá que fabricase el *Inuenmamis*. Así, Carlitos no volvería a estar en casa con la única compañía de los criados y papá dejarle de viajar de un lado a otro como un correccaminos. Lo malo era lo del plazo. Según la fecha que tenía la carta quedaban cinco días para responder. Cuando papá volviese, sería demasiado tarde.

Carlitos durmío muy mal aquella noche. No paraba de soñar con *Invenmamis*, con cientos de *Invenmamis*. Pero el sueño nunca terminaba bien.

Cuando no era un terremoto, era un huracán.
Cuando no era un huracán, era una explosión. El resultado era siempre idéntico: los *Invenmamis* saltaban por los aires y desaparecían justo cuando estaba a punto de salir la primera mamá de su interior.

Poco antes de despertar, tuvo el único sueño bonito de toda la noche. Papá lo cogía de la mano y lo llevaba a una fábrica inmensa. Dentro de la fábrica había miles de mamás sonrientes.

—cuál quieres? —le preguntaba papá—. Puedes elegir la mamá que más te guste. Y si no te gusta ninguna, no importa: Haremos más.

LA ESCAPADA

POR primera vez en mucho tiempo, Carlitos no pensó que aquel miércoles era “odioso! como todos los demás.

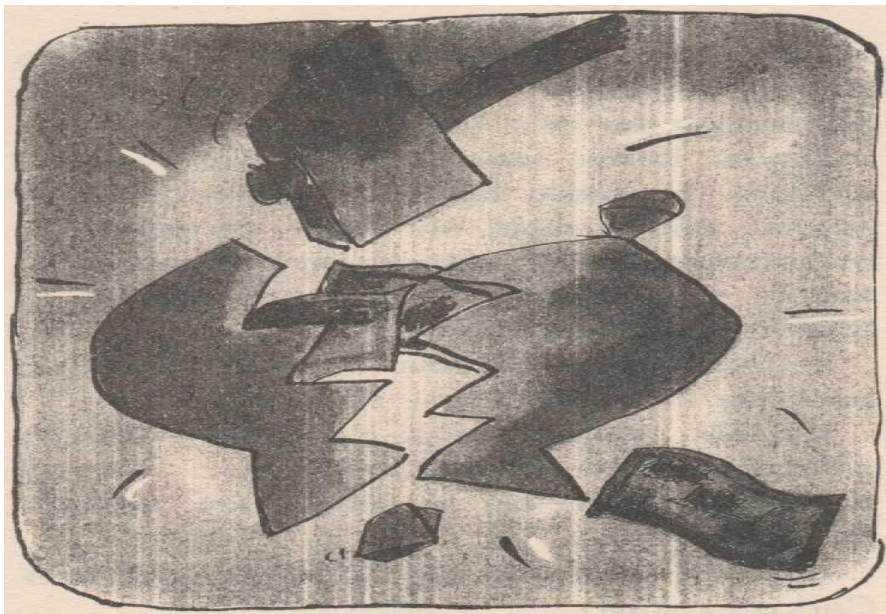
Antes de que Filiberta fuese a despertarlo, se levantó firmemente decidido. No dejaría escapar por nada del mundo aquel fabuloso negocio e inesperado regalo.

Y para clic, no era suficiente con responder por carta. Podía perderse la respuesta. O llegar tarde. O Sirofán, el inventor, podía dudar de su letra, que no era tan firme y limpia como la de papá.

No. Lo había pensado bien y sólo podía hacer una

cosa. Ir a ver al inventor, asegurarse de que todo lo que prometía era cierto y darle a respuesta. Que sería, sin duda, afirmativa.

Antes de bajar a desayunar, rompió la hucha que guardaba en la inmensa habitación de los juguetes. Había mucho dinero, ya que don Olegario nunca metía monedas, sólo billetes, Carlitos se los guardó en el bolsillo sin contarlos.



-

Terminado el desayuno, se levantó de la mesa y le dijo a Lampareta:

—Me voy a dar una vuelta al jardín.

—No olvide, don Carlos Gustavo, que dentro de media hora tiene usted clase en el salón Almíbar.

—No te preocupes.

No se veía a nadie en el jardín. Fingiendo dar un paseo, se dirigió hacia la verja de hierro que permitía salir al exterior.

Como había imaginado, la verja estaba cerrada. No tenía llave, pero sabía que por alguna parte había un botón de apertura automática. En el instante en que lo descubrió y se disponía a apretarlo, alguien lo agarró de un brazo.

—Don Carlos Gustavo... ¿Qué es lo que hace aquí?

—Hola... Buenos días, Segundo —saludó sobresaltado al jardinero—. Voy a salir un momento. Pero no te preocupes, volveré de inmediato...

—Usted sabe que eso no es posible, don Carlos Gustavo.

—Claro que es posible!

—Oh, no! Su padre nos despediría a todos, y a mí el primero, si descubre que le hemos dejado poner un pie en la calle. Como usted bien sabe, desde lo del accidente de la señora, que en paz esté, tiene tanto miedo a los accidentes que no permite que usted salga de casa...

Carlitos forcejeo tratando de soltarse de la mano fuerte del jardinero.

—Escucha, Segundo —le rogó—. Déjame salir y no le diré nada a nadie. Creerán que me escapé solo y no

Le podrán hacer nada. Te lo prometo.

El jardinero lo miró con ojos tristes y dijo que no con la cabeza.

—Es imposible. Recuerde que su padre, para que no tuviese que salir de casa, prohibió incluso que fuese a un colegio con otros niños. Por eso viene cada día a casa el profesor Burundio. Y también ha ordenado que le demos cuanto pida, para que de esa forma no sienta nunca deseos de escaparse fuera, donde hay tantos accidente;

No hubo forma de convencer al jardinero. Carlitos tuvo que entrar de nuevo en casa. Desde una ventana comprobó que no podría intentar de nuevo abrir la verja. Florián, el mayordomo, ya se había enterado de su intento de escapada y había ordenado que dos criados mantuviesen constantemente vigilada la salida.

O se le ocurría otra forma de escapar, o nunca conocería al inventor de mamás y a su fabuloso *invenmamis*.

No había nadie en el salón Almíbar. Aunque el profesor Burundio era extremadamente puntual, faltaban algunos minutos para la hora de comienzo de sus clases particulares.

Carlitos pegó la nariz a los cristales del amplio ventanal. Instantes más tarde vio abrirse la verja para

que entrase un coche. Era el viejo y destartado automóvil azul oscuro de su profesor. Éste, como de costumbre, aparcó frente al ventanal y recogió del maletero su enorme cartera de libros y papeles. Carlitos no pudo apartar los ojos del maletero del coche hasta que el profesor Burundio no entró en el salón. ¡Acababa de tener una idea!

Tres horas después, terminadas las clases, acompañó a su profesor a la salida.

—Es bonito su coche...

—No lo crea, don Carlos Gustavo —respondió, modesto, el profesor—. Está ya tan gastado y vacilante como yo.

—Pues a mí bien que me gusta —insistió con sorprendente entusiasmo Carlitos. Y añadió: —,Por qué no me lleva con él a dar una vuelta?

El profesor Burundio sonrió.

—Me gustaría —dijo—. Yo no creo que sea bueno para un chico estar siempre encerrado en casa, aunque tenga el mejor de los palacios y el más amplio jardín alrededor. Pero su señor padre no quiere que salga, salvo en su propia compañía, y él es

quien manda y quien me paga.

—Qué lástima! —exclamó Carlitos, haciéndose e decepcionado.

—Que tenga usted buen día y hasta mañana —se despidió el profesor Burundio, yendo con su cartera hacia el amplio maletero.

—Un momento, profesor —le detuvo Carlitos—. Entre en el coche y póngalo en marcha, que yo le guardo la cartera.

—Gracias.

Bastante sorprendido por la repentina amabilidad de su alumno, que no era ni mucho menos lo más habitual, el profesor Burundio se encogió de hombros y puso el coche en marcha.

Mientras tanto, Carlitos había abierto el maletero y había dejado en él la pesadísima cartera. Tras comprobar que nadie podía verlo, dio un salto y también él se metió dentro. Volvió a cerrar el maletero.

El profesor Burundio, que no se había enterado de nada, asomó la cabeza por la ventanilla.

—Dónde se habrá metido este joven diablo? —se preguntó a sí mismo al no ver por parte alguna a su alumno.

De todas formas, estaba acostumbrado a sus bruscos cambios de humor y no le dio la más mínima importancia al hecho. Supuso que se habría ido a

jugar. Y dirigió el coche hacia la verja.

—Hasta mañana, profesor —le dijeron los dos criados que estaban vigilándola.

—Hasta mañana —devolvió el saludo él, añadiendo: —Y por Carlitos no os preocupéis mucho. Hoy lo he encontrado más amable y formal que nunca. No creo que vuelva a intentar una escapada.

Desde el oscuro interior del maletero, Carlitos no pudo evitar una sonrisa.

No es nada cómodo viajar en maletero. Se multiplican los baches, los golpes y las curvas.

Carlitos no sabía dónde poner las manos ni cómo sujetar el cuerpo para evitarse daño. Tenía la sensación de estar recibiendo una soberana paliza.

Por fin, el coche del profesor Burundio frenó ante un gran bloque de pisos en un barrio de la ciudad. El profesor salió y abrió la puerta del maletero. Pero en vez de la cartera, al meter la mano, agarró una pierna.

—Don Carlos Gustavo! —exclamó con asombro.

—Gracias por el viaje —respondió Carlitos, al tiempo que se soltaba la pierna de golpe y desaparecía corriendo.

El pobre profesor Burundio se quedó con la boca abierta como un túnel y se dio un pellizco por si lo que acababa de pasar sólo era un sueño.

Pero no lo era. Y Carlitos corrió durante un buen rato sin volver la vista atrás. Dobló aceras, atravesó

avenidas y cruzó callejas. Cuando se detuvo no tenía la menor idea de dónde estaba. Pero eso era lo de menos. Lo importante era que los criados no lo encontrasen, ahora que el profesor Burundio les habría advertido de su valiente fuga.

Tratando de recuperar aliento, se sentó en un banco de madera. Estaba en una hermosa plaza con árboles y ancianos.

De pronto, recibió un tremendo golpe en la cabeza. —Ostras. qué balonazo! —dijo un chico frente a él, poniendo cara de susto.

Carlitos. atontado por el golpe preguntó:

—Es tuyo el balón?

—Sí —admitió el chico, sin atreverse a dar un paso—. Perdona, fue sin querer...

Tenía los pantalones rotos, las manos sucias y el pelo alborotado.

—No ha sido nada —dijo Carlitos, devolviéndole de una patada el balón que había quedado a sus pies después del golpe.

—Me llamo Apolonio. ¿Y tú? —dijo el chico, ya

más confiado, tras recoger el balón.

—Yo me llamo Carlos Gus... Bueno, Carlitos.

—Quieres jugar?

Carlitos dudó.

---Bueno, yo no...

—Venga, jugamos a que me quitas el balón.

Y sin esperar respuesta. Apolonio empezó a regatear con el balón entre los pies. Carlitos intentó quitárselo, pero no hubo forma

-Ahora, vamos a jugar a los penaltis

-. —dijo Apolonio al cabo de un rato.

--Vale.

Carlitos se puso de portero en una esquina de la plaza, apolonio chutó y marca gol.

Apolonio se puso de portero, Carlitos chutó y... ¡se oyó un estrepitoso ruido de cristales rotos! -

—Ostras, ha roto una ventana!

Apolonio recogió el balón y con él bajo el brazo desapareció de la plaza. Carlitos corrió detrás. Se detuvieron varias calles más allá.

—tu no eres de aquí, verdad?

—No. Me he perdido.

—Por eso no te preocupes —le animó Apolonio, limpiándose con una manga el sudor de la carrera—. Yo conozco toda la ciudad. Dime dónde está tu casa y te diré como se llega.

—No quiero ir a casa. Quiero ir a Zamora.

—A la calle Zamora?

—No. A una ciudad que se llama así.

Apolonio se despeinó otro poco.

—Eso es más difícil... Tendrás que ir a una estación de autobuses. En ella seguro que hacen viajes a la ciudad que dices.

—Y cómo llego a una estación de autobuses?

—Puedo acompañarte si quieres. Lo que pasa es que...

—Qué?

—Que ya casi es hora de comer —dijo

Apolonio palpando su camisa a la altura del estómago—. Si me retraso, mamá se pondrá hecha una furia, ¿Dónde vas a comer tú?

Carlitos se encogió de hombros. No había tenido tiempo de pensarlo.

—Bueno, pues...

—Ya está —le cortó Apolonio—, te vienes conmigo. Y después de la comida te acompañaré a la estación, ¿Vale?

—Pero...

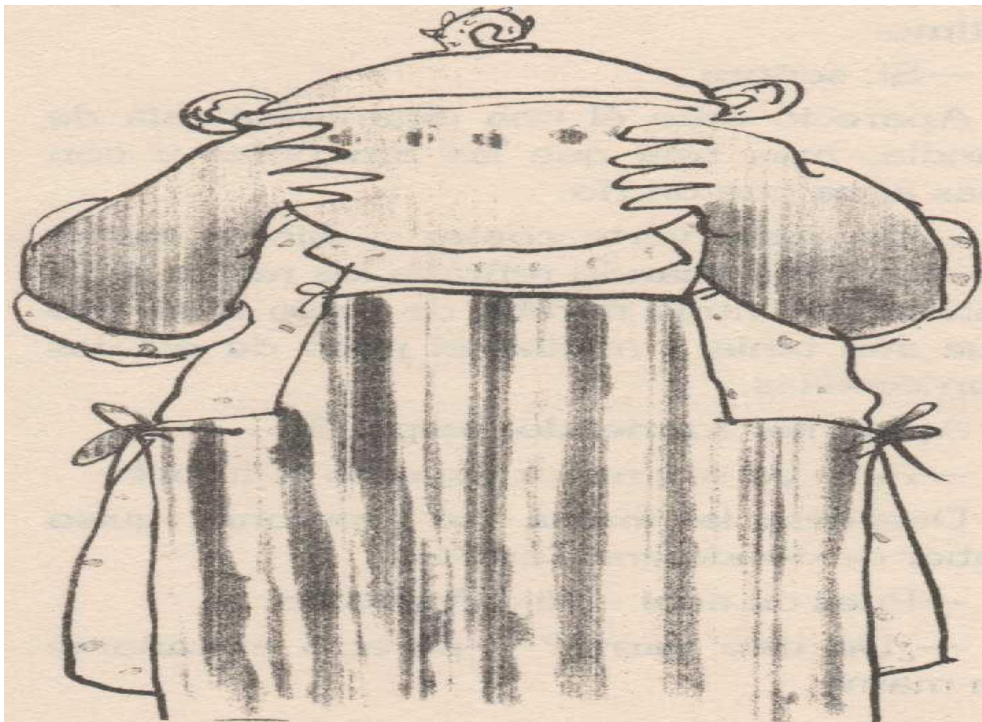
—Por mamá no te preocupes —volvió a cortarle Apolonio—. A ella le encanta conocer a mis amigos y que los lleve a casa de invitados. Y tú y yo somos amigos, ¿no?

Carlitos, que nunca había tenido amigos de su edad,

se sintió contagiado por el entusiasmo de Apolonio e infinitamente agradecido por su aparente facilidad para encontrar soluciones inmediatas.

LA comida fue deliciosa.

—Te gustan los fideos? —le preguntó la mamá de Apolonio.



—Sí, señora.

Y le sirvió un inmenso plato de patatas cocidas con costillas en adobo. Al poco rato, sólo quedaba el plato limpio. ¡

—Te gusta la sandía? —le preguntó por último.

—Sí, señora.

Apareció ante él una gigantesca raja de sandía, más

roja que las amapolas y con más agua que un río.
—Da gusto verte comer —dijo la mamá de Apolonio cuando retiraba los restos de la sandía, mientras miraba de reojo a su hijo que aún tenía a medias el plato de patatas con costillas.
Apolonio, sonriendo, respondió:
—Pero yo soy mejor jugando al fútbol.
Después, la mamá de Apolonio quiso saber de dónde era Carlitos.
—Pues de aquí —dijo Apolonio.
—De este barrio? —pareció extrañarse su mamá.

—De éste, no. De otro —respondió Carlitos.
Y le dijo el nombre de la zona en la que estaba su casa.
—Tus padres deben de ser ricos —comentó entonces la mamá de Apolonio—. En esa zona sólo vive la gente que tiene muchísimo dinero.
Carlitos se quedó callado, sin saber muy bien qué responder.
—Él es hijo de uno de los jardineros de esas casas, mamá. Si fuera rico, ¿cómo le iban a gustar las patatas con costillas?
La respuesta pareció convencer a la mamá de Apolonio que ya no dijo nada y despidió a Carlitos con dos ruidosos besos cuando dijo que se iba.
—Yo voy con él, no sea que se pierda

—dijo Apolonio.

—¡Tened cuidado con los coches! —les gritó la mamá desde la puerta.

—Por qué dijiste eso? —le preguntó por el camino Carlitos a Apolonio.

—Eh qué?

—Lo de que soy el hijo de un jardinero.

Apolonio se encogió de hombros.

—Por nada. Mamá es muy curiosa y me pareció que no querías decir nada de tus padres. A mí me da igual que seas rico o pobre, ¿sabes?

Caminaron en silencio un rato y ya estaban cerca de la estación de autobuses cuando Apolonio se detuvo y agarró de un brazo a Carlitos.

—De verdad vives allí?

Apolonio señalaba con un dedo la zona de la ciudad donde sólo había mansiones y lujosos chalés.

—Sí.

—Entonces... ¿eres rico?

—Sí.

Apolonio estalló en carcajadas.

—Por qué te ríes?

—Porque yo soy aún más curioso que mamá.

Carlitos se unió a la risa de su amigo. Y riendo los dos, llegaron a la entrada de la estación de autobuses. Preguntaron que si hacían

viajes a Zamora y les dijeron que sí.

—Volverás pronto? —preguntó Apolonio al despedirse.

— Sí, —respondió Carlitos—. Sólo voy para tratar un negocio.

De regreso a casa y mientras se alborotaba un poco más el pelo, Apolonio pensó que tal vez a él no le hubiese apetecido nacer rico. ¡Ya desde pequeños tenían los ricos que saber hacer negocios!

EL AUTOBÚS

AQUEL iba a ser el primer viaje de Carlitos en un autobús. Hasta entonces, las pocas veces que había salido de casa, había sido con papá en su lujoso coche de chófer uniformado.

—Un billete para Zamora —pidió en la ventanilla correspondiente.

La señora que atendía la taquilla lo miró con cierta extrañeza.

—Vas tú solo?

—Sí, señora. Voy a visitar a mi abuela

—mintió Carlitos, temiendo algún problema.

La taquillera se encogió de hombros y le dio el billete.

—Tú autobús sale dentro de media hora. Son novecientas noventa y nueve pesetas.

Media hora después estaba cómodamente instalado en la parte de atrás del vehículo, al lado del pasillo. Y observando a los demás viajeros, pudo comprobar que ir en el coche de papá no era nada emocionante. Allí no se conocía tanta gente extraña como aquí. Detrás de él, por ejemplo, se había sentado un vendedor de pasteles. Era joven y gordo. Llevaba una gran caja con pasteles a los que no quitaba ojo. Antes de arrancar el autobús, ya se había comido un par de ellos. Al poco rato, otros dos. Y antes de llegar a mitad del viaje, se había tragado más de la mitad de los pasteles.

—Nunca me haré rico —le comentó a Carlitos, entre bocado y bocado—. Siempre me como los pasteles *antes* de empezar a venderlos

—No a probado a vender otra cosa?

—sugirió Carlitos.

—Sí —admitió él—. Antes era representante de una fábrica de tornillos.

—Y qué paso?

—Vendía muchos. Pero todo el dinero me lo gastaba en pasteles.

Carlitos. apenado, le compró uno.

—Así por lo menos gana usted cinco duros —le dijo.

Junto a Carlitos, pero al otro lado del pasillo, se sentaba una chica con coletas y pecas en la cara que tiraba balitas de pan a los viajeros. Si alguno protestaba, le sacaba la lengua y después le tiraba con bolas más gordas.

— Por qué haces eso? —le preguntó Carlitos. intrigado.

—Es divertido Prueba tú.

Le dio una bolita de pan. Carlitos se la tiró a un viajera de cabeza muy gorda que iba tres filas más adelante Le acertó en todo el cogote, o sea, en el cuello..

—Muy bien! ---aplaudió la chica.

Carlitos la miro muy serio.

—Pues no me *ha* divertido —dijo -

—Eres un viejo —replicó la chica con un gesto despectivo y. lanzándole una bolita de pan que casi le da en un ojo.

Más tarde supo que su nombre, mira tú por donde, era Mariboli.

Aún conoció a más gente interesante en aquel autobús.

Había un joven flacucho y con barba picuda que

decía ser poeta. Los demás viajeros lo miraban con pena y murmuraban que lo que pasaba era que tenía hambre y por eso las bobadas le salían en verso. También iba hacia Zamora un vendedor de camellos que volvía de África de recoger mercancía. Aseguraba que en una caja de cartón, que llevaba en el maletero, tenía veinte camellos en miniatura. En cuanto los sacase de la caja, los camellos recobrarían su tamaño normal. Los demás viajeros, incluido el poeta, se tocaban un lado de la frente, dando a entender que al vendedor de camellos le faltaba algún tornillo. Pero Carlitos pensó que a lo mejor todo era cierto. Aquel hombre, que no paraba de hablar, se llamaba Abelardino y fumaba puros.

Y estaba el chófer, Crisóstomo Olegario, que tenía grandes mofletes colorados y cantaba todo el tiempo. Para él, conducir parecía una diversión y no un trabajo. A diferencia del chófer de papá, Crisóstomo no llevaba gorra, ni traje oscuro, ni iba siempre callado. Este era mucho más divertido. Sin embargo, el pasajero con quien mejor se lo pasó Carlitos en su viaje a Zamora no fue ninguno de éstos. Fue otro que se sentó precisamente a su lado y

que subió al autobús a mitad del trayecto. Además, no era un pasajero. Era una pasajera.



SÓLO ella subió en aquella parada. Era una señora mayor de pelo blanco y vestido también blanco con flores negras.

—Buenas tardes —la saludó Crisóstomo.

—respondió ella.

—Siéntese allí —le dijo Crisóstomo, señalando el asiento vacío que quedaba junto a Carlitos.

ella. En vez de gracias, volvió a decir: ay Después, cada vez que había una curva: Ay!

Cada vez que el autobús cogía un bache:

—Ay!

Cada vez que el sol le daba en los OJOS:

—Ay!

Y ocurriera lo que ocurriera:

— Ay!

Carlitos estaba asombrado. Además de no parar de quejarse, aquella mujer decía que le dolía todo. Que si las manos, que si los huesos, que si un ojo, que si los codos. Hasta el rielo blanco afirmó una vez que le dolía.

—Siento que esté usted tan enferma —le dijo

Carlitos después de oírle más de veinte quejas.

La señora lo miró muy ofendida.

—Que me duela todo, jovencito, no quiere decir que esté enferma.

—Ah, no?

—Claro que no. Sólo faltaría..., me quejo porque me gusta quejarme.

—Ah, sí?

—Claro que si. Quejándome siempre tengo algo de qué hablar aunque no conozca a nadie a mi alrededor, ¿comprendes?

Carlitos creyó comprender.

—Me llamo Carlos Gustavo —le dijo—. Pero me gusta más que me llamen Carlitos.

—Yo me llamo Hortensia —dijo ella, sonriendo por primera vez. Y añadió: —A partir de ahora me quejaré un poco menos, puesto que ya conozco a alguien.

Después le contó a Carlitos que era viuda y que tenía

cien años, poco más o menos.

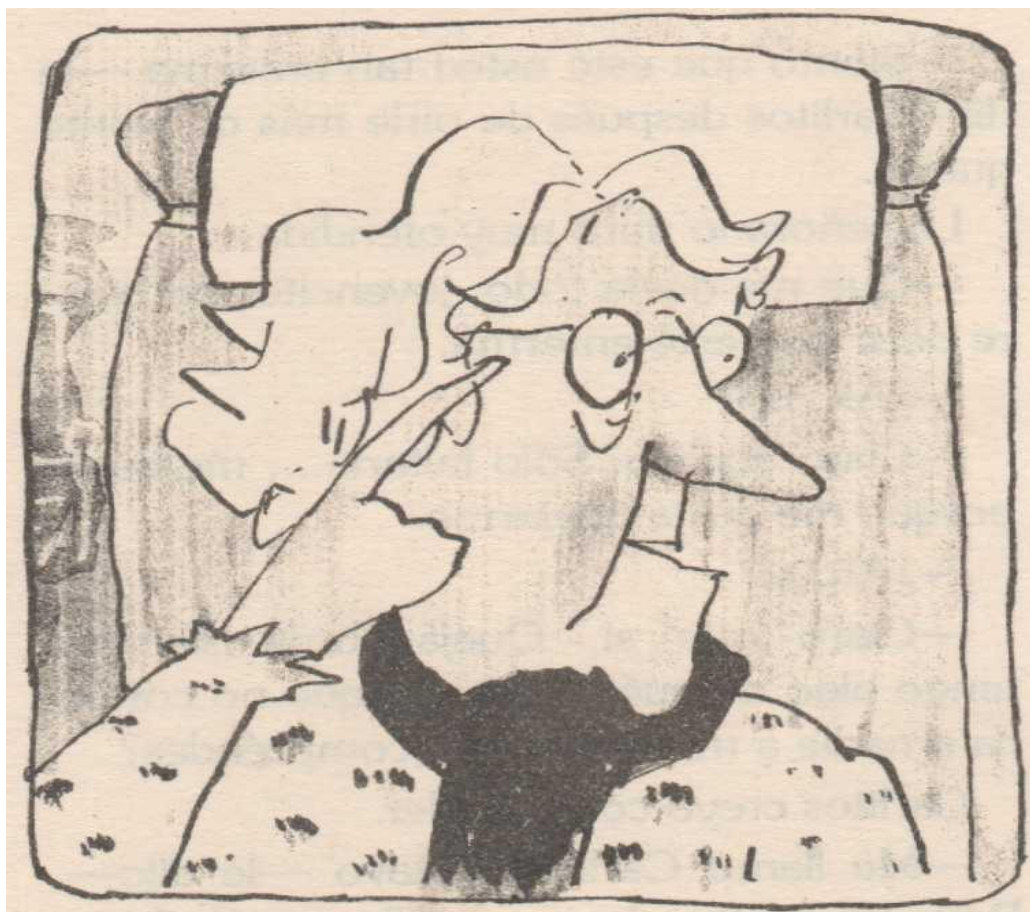
—No lo sabe usted seguro?

Carlitos enrojeció.

—No... Los días no los sé, pero los años Hortensia hizo un gesto despectivo.

—No. Ni me importa.

e



más da los que se tengan? La Edad **no** se sabe por

esas cosas. La edad la llevamos aquí dentro —y se apuntó con un dedo a la cabeza.

Después se quedó un buen rato callada, sin que nadie le oyese más de dos quejidos.

Pero antes de llegar a Zamora, Carlitos supo muchas cosas más de Hortensia.

Supo que tenía dos hijos. Que los hijos la habían llevado a un asilo de ancianos. Y que ella se había escapado. la habían encontrado y vuelto a ingresar en el asilo. Y Hortensia, a la primera oportunidad, había escapado de nuevo. Así un montón de veces.

También supo Carlitos que Hortensia, cada vez que lograba burlar a sus hijos y al asilo, se dedicaba únicamente a viajar en autobús.

—Por qué en autobús? ¿Adónde quiere ir? — preguntó Carlitos.

—A ninguna parte —fue la respuesta—. Viajo en autobús para no estar sola... Es aburrido estar solo, ¿sabes? Sobre todo para mi que soy vieja y charlatana. Así que todo el dinero que cobro de la pensión me lo gasto en autobuses, en ir de allá para acá haciendo amigos. Claro que todo esto tú no puedes entenderlo. Eres demasiado joven para saber lo que es estar solo...

Carlitos bajó la mirada. Hortensia se dio cuenta y quiso saber más cosas de él. Se enteró así de por qué viajaba él en autobús, camino de una ciudad

desconocida y en busca de un fabuloso inventor de mamás.

CUANDO el autobús llegó a Zamora, Hortensia y Carlitos se habían puesto de acuerdo. Irían juntos a ver a Sirofán.

—Aunque yo —confeso Hortensia— no acabo de creerme todo ese jaleo del *Invenmamis*. Seguro que el inventor es un fresco de tres al cuarto que lo único que quiere es estafar a tu papá.

—Ya verá como no —le replicó Carlitos—. Dentro de poco todos los niños podrán tener mamá, cambiar la que tienen por otra y hasta tener dos o tres.

Hortensia se apoyó en el hombro de Carlitos para bajar del autobús, mientras decía:

—De una cosa sí estoy segura. Aunque lo del invento fuese verdad, mis hijos jamás comprarían una de esas mamis. ¡No aguantan ni a la que tienen...!

Decirlo y encontrarse a sus dos hijos de frente, fue todo uno. Estaban esperándola junto al andén.

—Mamá! —le gritaron al verla.

Hortensia se llevó un susto de muerte.

—Pero, bueno —exclamó, con más indignación que asombro—. ¿Se puede saber qué hacéis aquí, tan lejos de vuestras casas? ¿No tenéis que estar a estas horas en el trabajo?

Los dos hijos, que habían abierto los brazos en espera de que ella se acercase cariñosa, los dejaron

caer con pinta de fastidio.

—Pero mamá. ..! —exclamó uno de ellos, que tenía la frente arrugada y la cara picada de viruela—.

¿Cómo vamos a poder trabajar si tú nunca dejas de darnos disgustos y quebraderos de cabeza?

—Te pagamos la mejor y más cara residencia de ancianos de todo el país y nos lo agradeces así, escapándote todo el tiempo y poniendo en peligro tu vida y tu salud

—añadió el otro, que era gordo y llevaba un cigarillo colgando de los labios.

—Llevamos dos días enteros buscándote por todas las estaciones de autobuses del país. ¡No entiendo por qué nos preocupamos aún de ti! —concluyó el primero.

Hortensia los miraba con furia.

—Ya habéis acabado los sermones? Pues, ¡hab!, marchad por donde habéis venido y dejadme en paz que yo tengo aún muchas cosas que hacer. Várnonos, Carlitos...

Carlitos se fue. Pero solo.

A Hortensia la cogieron los dos hijos por los brazos y la metieron a la fuerza en un coche.

Viendo cómo se alejaba a gran velocidad, Carlitos reparó en que el coche era idéntico al de su papá. También tenía un chófer trajeado, serio y con gorra.

La única diferencia era el color. Gris, el de los hijos de Hortensia. Negro, el de papá.

EL INVENTOR

LA calle 3 alborraz era una cuesta muy empinada. A un lado y otro había casas bajas, de ventanales cerrados, que parecían a veces pequeños castillos; encantados. La mayoría de ellas estaban sucias, rotas y pobladas de abandono. El timbre que pulsó Carlitos correspondía, en cambio, a una de las casas más bonitas y limpias.

Le abrió una anciana vestida de negro.

—Buenas tardes. ¿Está el señor Sirofán?

—Quién?

—Guillermino Sirofán.

—Aquí no es, hijo. Aquí no vive ningún Guillermo. Sólo mi nieto y yo.

A Carlitos le dio un vuelco el corazón.

—Eso no puede ser —insistió—. Tengo una carta que me mandó él y que pone esta dirección. Mire. La anciana apenas si miró la carta que Carlitos acaba de sacar del bolsillo trasero de su pantalón.

—Dime tú lo que pone, hijo —le pidió—. Mi vista ya no es muy buena para leer.

Carlitos leyó en voz alta el remite.

—Pues sí, la dirección es ésta —admitió la anciana—. Pero debe de ser una confusión. Aquí no hay nadie que se llame así, como te dijo. Ni siquiera me suena ese tal Guillermo Saxofón...

—Guillermino Sirofán —corrigió Carlitos.

—Bueno, eso. Mi nieto se llama Marcos Blasa. es inventor? —preguntó Carlitos, buscando una última esperanza.

—Mi nieto? No, no, qué va. El tiene un trabajo decente y honrado. Está en la Caja de Ahorros, ¿sabe? Carlitos, desalentado, se quedó sin saber qué hacer ni qué decir.

Con aquello no había contado. De nada' había servido la carta, ni la escapada, ni los esfuerzos. El tonto del inventor se había equivocado al poner la dirección y sería imposible ya encontrarlo a tiempo. Dio las gracias a la anciana y en cuanto ésta cerró la puerta, se sentó en un escalón cercano. El cansancio y la decepción se reflejaba en sus ojos, que adquirirían el brillo húmedo que suelen anunciar las lágrimas.

—Hola!

Ante él, sin que lo hubiera visto acercarse, estaba un tipo alto y delgado. Llevaba un elegante traje gris y corbata rayada.

—Hola.

—Preguntabas tú por Sirofán?

A Carlitos se le disipa inmediatamente la pena.

—Lo conoce?

—Puede. ¿De qué lo conoces tú?

—Me escribió una carta,

—A ti? —pareció extrañarse el señor.

—Bueno... —dijo Carlitos dudando—.

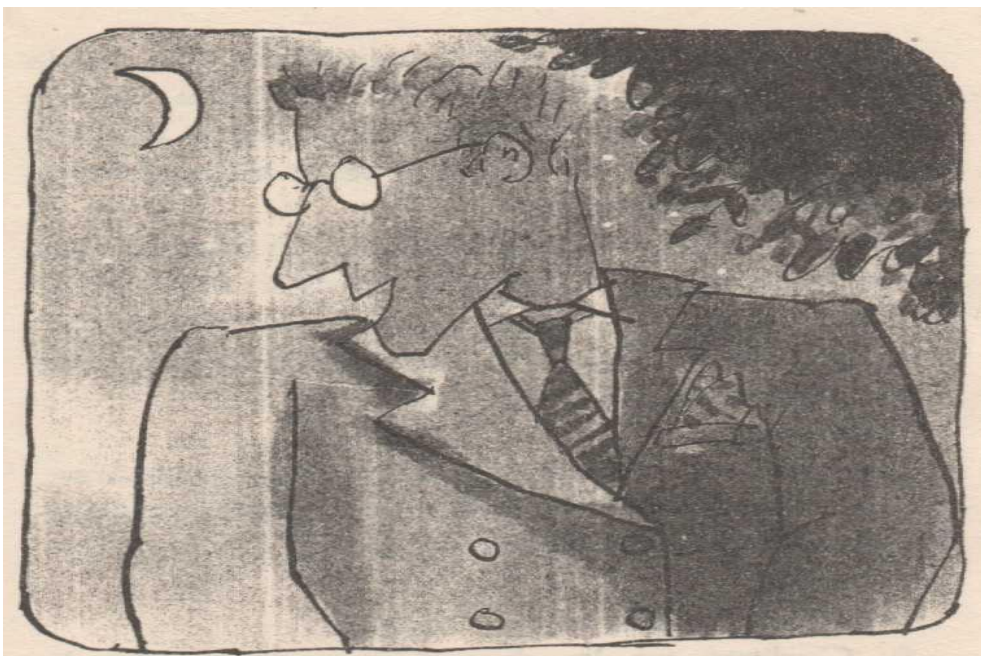
Exactamente a mí, no. Le escribió a mi papá.

—Eso es un secreto. No se lo puedo decir. Pero es muy importante que nos veamos, ¿puede decirme dónde vive?

—Eres de aquí? —volvió a preguntar el señor del traje.

—No. Vengo de lejos para hablar con él.

—De qué?



—Hay un problema...

—Cuál?

—Ya es bastante tarde. Sirofán no suele recibir visitas de noche.

Carlitos apenas se había fijado hasta ese momento en que, efectivamente, se había hecho muy tarde. El sol hacía horas que se había puesto y reinaba ya en su lugar una noche de estrellas y luna creciente.

—Y qué puedo hacer? —Preguntó confuso.

—Ven mañana después de comer. Te llevaré hasta él. El hombre del traje gris se dirigió a la puerta que instantes antes había abierto la anciana. La empujó e iba a entrar cuando se volvió y vio a Carlitos que no se había movido.

—Tienes dónde dormir?

Carlitos siguió inmóvil y con la mirada en el suelo.

—Está bien, entra. Siempre hay una cama libre en casa de la abuela.

CARLITOS comprendió de inmediato que aquel hombre era Marcos Blasa, el nieto de la anciana vestida de negro. Por eso mismo no podía llevarle hasta Sirofán antes de la hora de la comida. Desde las ocho de la mañana hasta las tres de la tarde estaba trabajando en la Caja de Ahorros.

La mañana se le hizo eterna. Por fin, tras comer con

la anciana y Marcos Blasa, éste dijo:

—Abuela, mi joven amigo y yo vamos a dar un paseo.

Salieron y caminaron calle abajo, hasta entrar en otra calle más estrecha. Se detuvieron ante una fachada sin ventanas y con una gran puerta metálica cerrada.

—Vive aquí el inventor? —preguntó Carlitos, extrañado de que allí pudiese vivir alguien. Aquello parecía más bien un viejo almacén abandonado.

—Aquí es donde trabaja —le dijo Marcos Blasa, mientras sacaba una llave para abrir la puerta—. Vas a conocer el Taller de Invenciones de Guillermino Sirofán.

La puerta se abrió con un chirriar de hierros poco engrasados. Si por fuera aquello parecía un almacén medio abandonado, por dentro no ofrecía una impresión mejor. Sólo se veía algún trasto inútil, polvo y telarañas.

Carlitos apenas podía disimular su inquietud. No acertaba a comprender por qué estaba allí con un tipo trajeado y serio como Marcos Blasa.

Ajeno a lo que pasaba por la cabeza de su acompañante, el tipo cogió una linterna que había en una esquina, la encendió, volvió a cerrar la puerta por dentro con la llave y le dió una brusca patada a la pared.

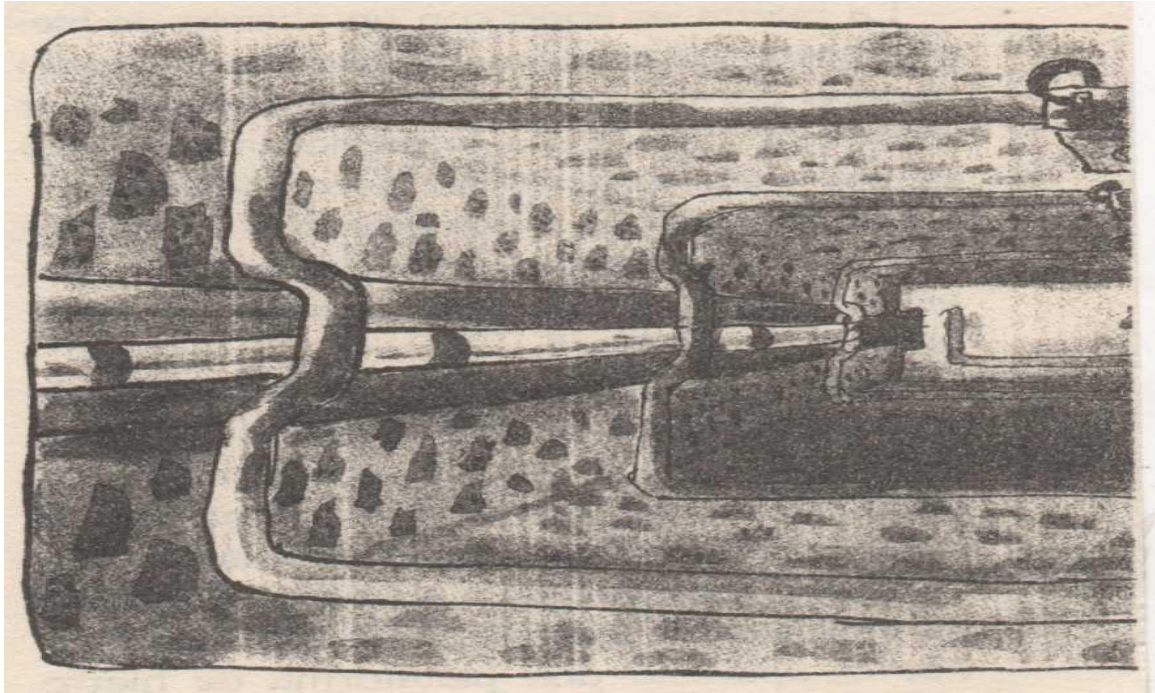
Ante el asombro de Carlitos, una especie de gran pozo cuadrado se abrió a sus pies. Por él apareció una plataforma de hierro con barandillas en tres de sus cuatro lados.

—Vamos —dijo Marcos Blasa, subiendo a la plataforma.

Carlitos, tragando saliva, siguió al empleado de la caja de ahorros. De inmediato, la plataforma empezó a descender y descender y descender...

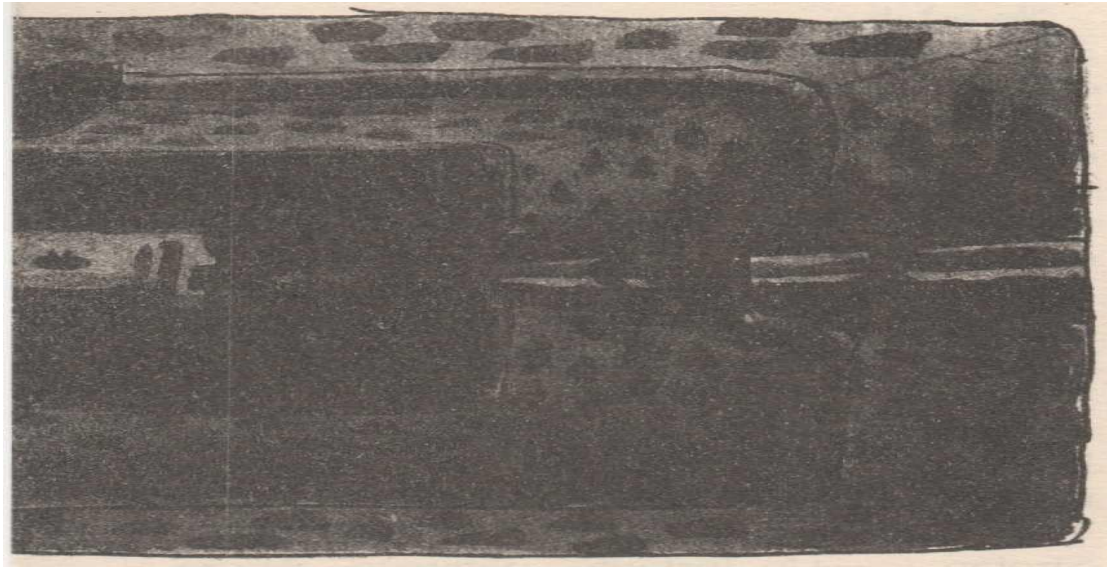
Cuando se detuvo, ya no fue necesario mantener encendida la linterna. Una claridad perfecta lo iluminaba todo, pese a que debían estar a *gran* profundidad bajo la tierra.

Aquello era una especie de inmenso círculo central. Y del círculo salían pasadizos en todas las direcciones. tanto



en el círculo como en lo poco que se podía ver de cada pasadizo, había un sinfín de extrañas máquinas, de artilugios mecánicos, de inventos indescifrables y construcciones sorprendentes.

Carlitos, buscando una explicación, se volvió a Marcos Blasa.



No estaba.

Mientras él miraba fascinado a su alrededor, su acompañante había desaparecido.

—Oiga! —gritó Carlitos— Don Marcos! ¿Dónde esta?

—Pasa, pasa Estoy aqui! —oyó que le respondían desde? algún lugar oculto en uno de los pasadizos Entró por él y vio que en una máquina trabajaba un hombre al que no podía ver la cara. No obstante, *era* evidente que no se trataba de Marcos Blasa.

—Hola — -saludó con timidez, Carlitos—.

Perdone. pero yo venia con un hombre llamado Marcos Biasa... No sé dónde está. Tenía que presentarme a Guillermino Sirofán.. - --Un instante pequeño. Ahora mismo te atiendo. Tengo que

reparar una avería que ha surgido en el *Invent*. Carlitos seguía, sin poder verle la cara a quien hablaba y trataba de reparar aquella máquina repleta de pantallas de televisión por todas partes. En cada pantalla se podía ver un programa diferente. . En una había dibujos animados en otra una de indios, , y así sucesivamente. Sólo una de las pantallas estaba en blanco. Seguramente era la que estaba reparando.

—Ya está! —exclamó de pronto el hombre volviéndose a Carlitos.

La pantalla en blanco se había llenado de colores que no paraban de brillar . Pero Carlos no se fijó en ello. Estaba con la boca abierta mirando al hombre:

—Marcos Blasa! —exclamo.

Era, sí, la misma cara. Lo que había cambiado era la vestimenta, el traje serio y gris y la corbata a rayas habían sido sustituidos por la ropa más alegre, colorista y divertida que imaginarse pueda.

—Sí y no —fue su respuesta—. Cuando estoy fuera de aquí es así como me llamo.

—Es usted Marcos Blasa? —preguntó Carlitos, dudando de lo que veía. El nuevo Marcos Blasa, al contrario que el antiguo, sonrió de oreja a oreja.

Blasa? —preguntó
Carlitos, dudando
de lo que veía.



Pero cuando estoy dentro, en mi Taller de
Invenciones, me llamo Guillermino Sirofán.

—Sirofán! —exclamó incrédulo Carlitos.

—Sí, así es, muchacho. Yo soy Sirofán. Y supongo
que te debo una explicación. Verás, ahí arriba, en mi
ciudad, nadie sabe que soy el más grande inventor de
todos los tiempos, o casi. A mí no me interesa que lo
sepan.

—Por qué? —le interrumpió Carlitos.

—Es más cómodo. Prefiero que sigan creyendo que
sólo soy un modesto empleado de banca. Así nadie
se mete conmigo y yo puedo inventar sin molestias y

sin dar explicaciones. Son muy **pocos** los que saben mi verdadero nombre y profesión. Entre ellos, como tuviste ocasión de comprobar, ni siquiera está mi querida abuela. Y si a ti te he permitido bajar aquí y hablar conmigo ha sido porque el *Soñérpico*...

—El qué?

—El *Soñérpico*, uno de mis muchos inventos. Se parece a un microscopio. Pero con él no se ven microbios o cosas así, se ven los sueños de la gente. Esta noche, mientras dormías, vi tus sueños con el *Soñérpico* y me gustaron. Por eso estás aquí. Sé que puedo confiar en ti y mostrarte este Taller escondido bajo tierra que es mucho más extenso que la ciudad bajo la cual se halla. Ven, daremos una vuelta por él. Sirofán se puso al volante de un coche sin ruedas que flotaba y mandó a Carlitos sentarse a su lado. A bordo del silencioso vehículo recorrieron durante horas algunos de los interminables pasadizos del taller. Y Carlitos pudo ver las más ingeniosas máquinas e invenciones, los más sorprendentes hallazgos y genialidades.

—Todo esto es una maravilla —le dijo a Sirofán en un momento dado—, ¿por qué no quiere que la gente le conozca y pueda disfrutar de sus inventos?

—Es muy complicado de explicar —dijo el inventor—. Algunas máquinas no están aún perfeccionadas. Otras pueden usarse de forma

peligrosa. Para algunas no ha Llegado aún su tiempo y hora. *Y* las hay también que son un completo desastre, no te creas.

—De veras?

—Seguro, muchacho. fíjate en aquella. Es el *Inverirrisas*. La máquina de hacer reír Pues bien, desde el día en que la puse en funcionamiento, no ha parado de reírse. ¡No de hacer reír, como debería, sino de reirse ella misma y a toda carcajada!

Era cierto. En el centro de uno de los pasadizos, una máquina no muy grande se movía a un lado y otro y dejaba oír un ruido que, a poco que se le prestase atención, sonaba a contagiosa carcajada sin fin.

Tras detenerse junto al *Inuenrrisas*. el coche flotante penetró aún más en aquel mismo pasadizo y ya sólo se detuvo ante una de las más grandes y complejas máquinas.

—Y esto qué es? —preguntó Carlitos, señalándola con un dedo.

Sirofán sonrió mientras descendía del vehículo.

—Será mejor que te acerques —le respondió—. Por que esta máquina que estás viendo es el invento del que más orgulloso me siento. Y, si no me equívoco, por él has venido a verme...

Carlitos clavó sus ojos en el inventor:

—Es el *invenmamis*?

Sirofán asintió.

—De todas formas —añadió—, es el momento de que hablemos tú y yo. ¿Cómo te has enterado de mi invención de mamás y de la ciudad en la que vivo? Carlitos sacó una vez más la carta que llevaba en el bolsillo.

—Usted le mandó esta carta a mi papá, don Olegario Barrús.

—Barrús Sociedad Anónima?

—Sí, el propietario de las fábricas que llevan ese nombre. El está de viaje y tardará dos semanas en volver. Por eso he venido yo. Si no tiene inconveniente, podemos hablar de su oferta sobre la fabricación de mamás en serie.

Sirofán sonrió otra vez de oreja a oreja y se frotó las manos.

—Eso quiere decir que a tu papá le interesa el *Invenmamis*?

—Seguro que sí. Pero antes me gustaría ver una demostración práctica *de* su invento. ¿Sería posible?

—Por supuesto. Y si lo deseas, haremos incluso la más perfecta de las mamás: una mamá a la medida. Claro que eso tiene un inconveniente...

—Cuál?

—Una mamá a la medida tiene que ser a la medida de alguien... ¿Y para quién quieres que hagamos la primera de las mamás?

Carlitos enrojeció.

—Pues..., si le parece a usted bien, para mí.

EL INVENMAMIS

AQUELLA máquina era tan grande como una casa. Una especie de túnel oscuro la atravesaba de parte a parte. En el centro de lo que pudiera llamarse su fachada había un complicado panel de mandos repleto de botones, teclas, pantallas y luces de todos los colores.

Sirofán se sentó en la silla giratoria que había frente al panel y empezó a manipular el *Invenmamis*. Al instante se volvió a Carlitos y le preguntó:

—Cómo quieres la mamá? Ya lo tengo todo a punto. A Carlitos la pregunta le sorprendió.

—No sé... Como a usted le salga.

—Ni hablar —respondió Sirofán, como si se hubiera ofendido—. Hemos dicho que íbamos a fabricar una mamá a la medida y lo haremos. Tú sólo tienes que decirme qué tipo de mamá quieres y el *Inuenmamis* hará el resto.

Carlitos trató de recordar cómo era su auténtica mamá. Pero los recuerdos eran demasiado vagos y lejanos.

—Que sea cariñosa —respondió por fin.

—Ca... ri... ño... sa —deletreó inmediatamente

Sirofán. mientras tecleaba la palabra en algo parecido a una máquina de escribir—. Ya está. ¿Alguna cosa más?

—No —dijo Carlitos—. Que sea una mamá muy cariñosa y normal en todo lo demás.

—Perfecto.

El inventor tecleó varios datos más en la máquina, volvió a pulsar un sinnúmero de botones, el *Invenmamís* empezó a hacer un ruido cada vez mayor.

—Ya está? —preguntó Carlitos, sin poder disimular su impaciencia.

—Hay que esperar unos minutos —le, respondió Sirofán bajando de su asiento—. La mamá se está haciendo.

Le dijo también que saldría por uno de los extremos del túnel y allí se colocó Carlitos para esperarla.

A los cinco minutos el ruido del *limenmarnis* desapareció de golpe.

—No sale nada... —dijo Carlitos cuando ya casi le dolían los ojos de tanto mirar la oscuridad del túnel.

—Tranquilo —le animó Sirofán sonriendo—. Tú sigue mirando.

Y entonces la vio. Una mujer morena, con cara de despiste se dirigía hacia él. No era ni guapa ni fea, ni alta ni baja. Se veía que era normal en todo. Bueno,

menos en cariño. En cuanto se fijó en Carlitos, lo cogió en brazos y empezó a besarlo.

Carlitos no cabía en sí de gozo.

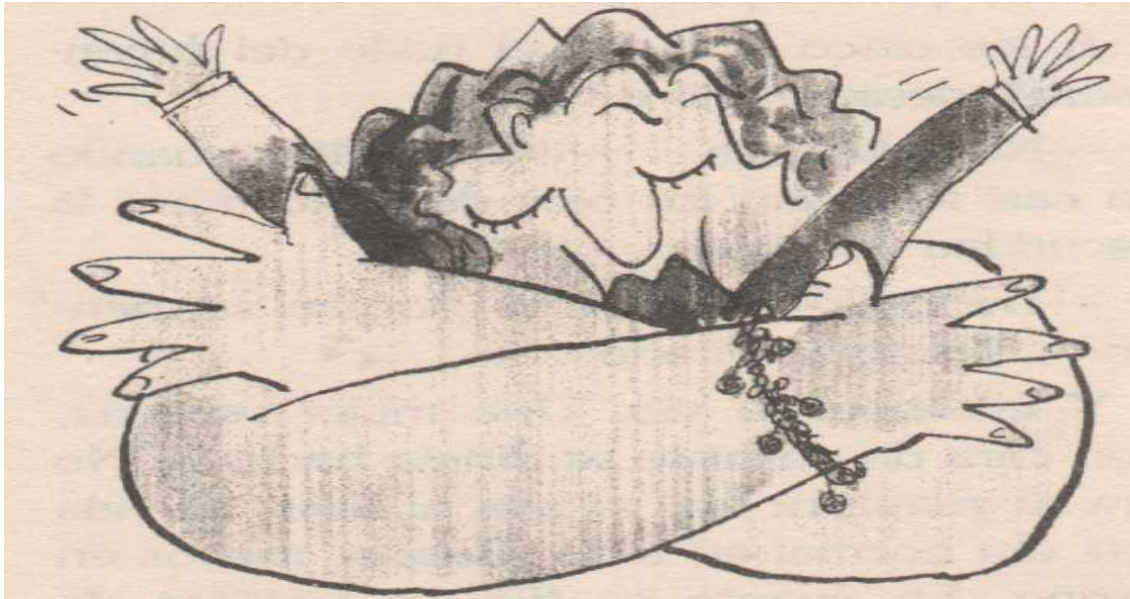
Al cabo de un minuto, el gozo dejó paso al asombro: la nueva mamá no había dejado de abrazarlo y de besarlo.

A los tres minutos, ni gozo ni asombro: auténtica preocupación.

Y a los cinco minutos intentaba desesperado deshacerse del interminable abrazo de la *cariñosísima* mamá.

—Sirofán, haz algo! —gritó Carlitos—. ¡Esta mamá no me sueltani deja de besarme!

El inventor, que no estaba menos preocupado que Carlitos, trató de razonar con la mamá.



—Vamos, señora —le dio muy amablemente—, suelte usted a su hijo. Ya tendrán suficiente tiempo en casa para quererse y mimarse...

—Soy tan, tan, tan cariñosa! —exclamó únicamente la mamá sin soltar a Carlitos.

—Bueno, mujer —insistir' Sirofán—. pero ya sabe usted lo que dice el refrán: lo poco agrada pero lo mucho enfada.

No hubo manera.

—Sirofán! —vólvio a gritar Carlitos—. ¡Bájame de aquí! ¡Me esta asfixiando y además me 'va a desgastar con tanto beso!.

El pobre Sirofán daba saltos y se tiraba de los pelos.

—Oh, no! ¡Algo ha debido salir mal! Esta mamá es excesivamente cariñosa. Pero el *Inuerimamis* es una

máquina perfecta. He debido fallar yo. Seguro que he puesto una dosis excesiva de cariño. Y ahora el pobre Carlitos...

No se le ocurrió otra cosa al inventor que coger una escoba y liarse a escobazos con la mamá, hasta que, al fin. Soltó a Carlitos.

Después siguió tras ella y consiguió que volviese a entrar en el *Invenmamis* por el mismo lugar por el que había salido.

Carlitos, con las mejillas aún coloradas de tanto beso, preguntó:

—Y ahora?

—No te preocupes —le dijo Sirofán, volviendo a sentarse ante el panel de mandos—. El *Invenmamis* no puede fallar. Haremos otra mamá.

—ESTA vez —dijo Sirofán, mientras volvía a teclear en el tablero de mandos— haremos que la mamá no sea tan cariñosa.., ¿Le añadimos alguna otra cosa?

—¡Que sea guapa! —dijo Carlitos, recordando que la cara de la mamá anterior no le había gustado del todo.

—Muy bien, que sea guapa... ¡Ya está! Carlitos volvió a esperar con impaciencia la salida de la segunda mamá en el extremo del túnel. Y cuando la vio, comprendió que no había en el mundo una sola

mamá tan hermosa como aquella.

—Hola, mamá —acerté a decirle. esperando el primer beso.

Se quedó sin él. La hermosa mamá se limitó a acariciarle el pelo sin mirarlo. mientras decía:

—¿Alguien ha visto mi peine de pitas doradas?

Sirofán y Carlitos se miraron sin decir nada. Y sin abrir la boca, cojieron a la nueva mamá y la devolvieron al interior del *Invenmamis*.

—Era demasiado hermosa para pensar en otra cosa que en sí misma —comentó un desalentado Sirofán.

—Inténtalo de nuevo, por favor! —le animó

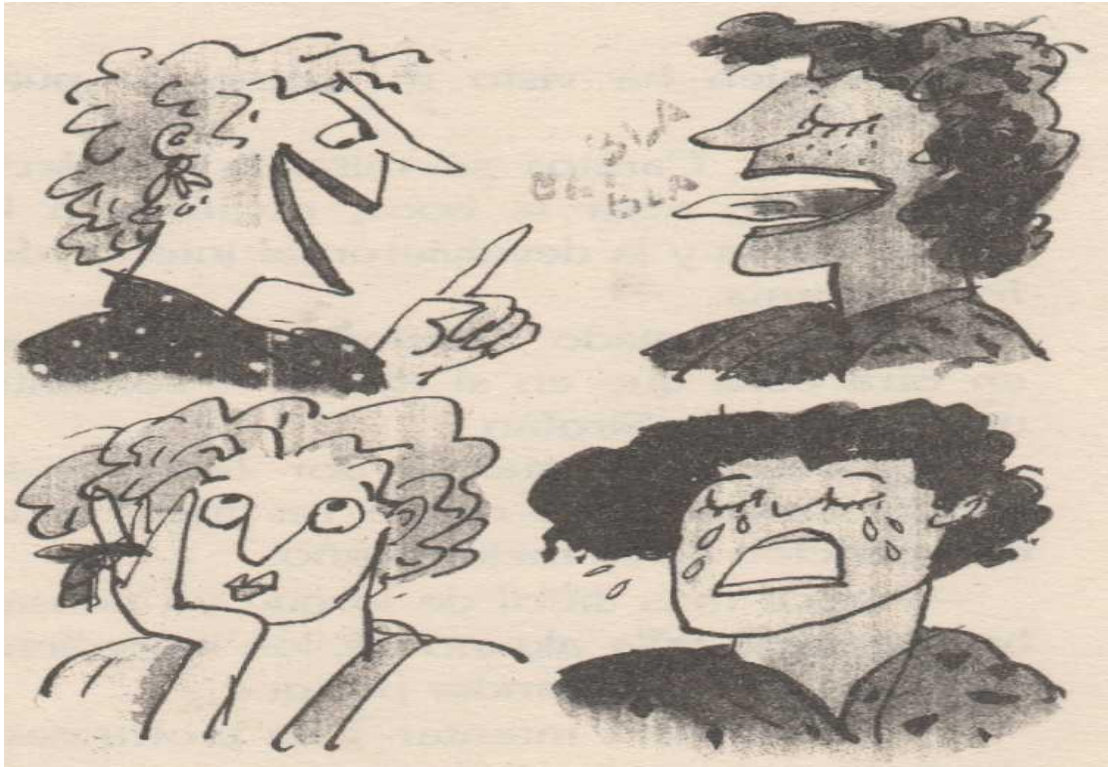
Carlitos, que no se resignaba a la desaparición de su mejor sueño.

—Parece más difícil de lo que yo pensaba. Siempre falla alguno de los ingredientes. Y no puedo entender por qué...

Pero lo volvió a intentar Una y otra vez, sin descanso.

Y salieron mamás mandonas que no sabían más que dar órdenes y reñir y hablar a gritos.

Mamás charlatanas que no paraban de hablar ni dejaban nunca que hablase otro.



Salieron del *Invenmamis* mamás distraídas que lo olvidaban todo y había que recordarles incluso que Carlitos era el hijo.

Y mamás lloronas para las cuales todo era motivo de tristeza y anuncio de desgracias...

—No lo entiendo, no lo entiendo, no lo entiendo... -

—se rindió al fin Guillermino Sirofán, dejándose caer sobre el tablero.

—Nunca tendré una mamá como los otros... —

murmuró Carlitos por su parte al comprender que era inútil seguir fabricando mamás defectuosas.

En silencio y cabizbajos se alejaron por el pasadizo en dirección al círculo central. Allí, la plataforma de

hierro les devolvió a la superficie y salieron a la calle. El inventor, por cierto, ya era otra vez el empleado de banca Marcos Blasa. Antes de subirse a la plataforma había cambiado su ropaje de colores por el traje gris y la corbata a rayas. Se había hecho de noche.

—Tengo que volver a casa —dijo Carlitos—. Hace ya casi dos días que me fui y los criados aún me estarán buscando.

Marcos Blasa consultó su reloj dorado.

—Si nos damos prisa —dijo—, puede que aún cojas el último autobús de tu ciudad.

Llegaron a tiempo y Carlitos sacó un billete con el último dinero que le quedaba.

—No sabes lo que siento que hayas hecho un viaje tan lejano para nada —le dijo Marcos Blasa al despedirse.

—No ha sido para nada —replicó Carlitos—. En el viaje he visto cosas y he conocido gente que me ha gustado mucho...

Marcos Blasa no parecía escucharle.

—Creí de verdad que el *Invenmamis* funcionaba bien. De lo contrario, jamás hubiese escrito a tu papá. Puedes creerme.

—No te preocupes, Sirof... Marcos Blasa

—rectificó Carlitos, al recordar que era un secreto

tanto el nombre como la verdadera profesión de Sirofán. Y añadió, encogiéndose de hombros: —Si no puede ser, pues no puede ser.

—Seguiré investigando —dijo Marcos Blasa—.

Quizá consiga averiguar qué es lo que falla. Entonces te mandaré una nueva y buena mamá. Y haré otra para mi.

—Tú tampoco tienes?

—Tengo, pero como si no. No me quiere y por eso he vivido siempre con mi abuela. A mi mamá nunca le importé nada de nada.

—Lo siento de verdad...

—Que tengas un buen viaje.

—Y tú que inventes mucho.

Ante la mirada impaciente del conductor, Carlitos subió por fin al autobús. Tras él se cerraron las puertas automáticas.

Ocupó uno de los últimos asientos. A través del cristal de la ventana pudo ver a Sirofán, a Marcos Blasa, alejándose con las manos en los bolsillos de su recuperado traje gris de oficinista serio.

UNA MAMÁ NO ES TU MAMÁ

CUANDO Guillermino Sirofán desapareció, Carlitos paseó la mirada y el oído por sus nuevos compañeros de viaje.

Había un curandero que miraba las manos de otro

viajero y le decía que todos sus males se curarían cuando conociese a un hada con alas de mariposa.

—Pero eso es imposible —protestó el viajero.

El curandero sonrió con aire enigmático.

—No esté tan seguro. Yo conocí a una de ellas, aunque tardé en saberlo porque suelen llevar las alas escondidas y solo las extienden en noches de luna nueva...

Viajaba también un maestro que recitaba de memoria la morfología del cangrejo. Él no se daba cuenta, pero lo hacía en voz alta y todos los que le rodeaban sonreían en voz baja.

Junto al maestro, iba una señorita joven, con gafas y bufanda a cuadros. Cada vez que alguien la miraba se le ponían coloradas las orejas y escondía las manos. En los asientos del medio, había un viejo domador de circo. No es que llevara puesto el traje de piel de leopardo ni empuñara un látigo. Pero bastaba ver sus enormes bigotes con puntas hacia arriba para adivinar sin problemas su arriesgada profesión.

—¡Eh, que aún falta alguien!

Carlitos dejó de observar a los pasajeros, atraído por aquellas palabras del ayudante del conductor. Una persona se acercaba corriendo cuando ya el autobús se disponía a salir de la estación.

Era una señora mayor que nada más abrirse otra vez la puerta y poner un pie en el escalón, exclamó:

—Ay! ¡Creí que no llegaba!

Carlitos no necesitó verle la cara:

—Hortensia!

Ella sonrió y se sentó a su lado.

—Sabía que volveríamos a vernos —fue lo primero que dijo.

—Y sus hijos? —preguntó Carlitos—. ¿No la llevaron de nuevo al asilo?

Hortensia sonrió aún más.

—Lo intentaron. Pero yo siempre fui más lista que ellos. En la primera parada que hicieron para coger gasolina, dije que iba al servicio y me escapé. Un camionero muy amable me trajo de nuevo aquí. Aún deben andar buscándome esos desalmados de mis hijos.

—Bueno, ellos lo hacen por su bien. No quieren que le pase nada malo.

—Oh, sí. Tú lo has dicho, Carlitos. Lo hacen por su bien, pero el de ellos, que no el mio. A mí que me dejen en paz.

Carlitos no quiso insistir. Además, tampoco a él le causaron una gran impresión los hijos de Hortensia. Ni siquiera le habían dejado despedirse de ella cuando se la llevaron a la fuerza.

a ti cómo te ha ido? Yo esperaba que en el regreso no viajases solo...

Carlitos no sabía por dónde empezar a contarle por qué no iba con él la nueva mamá del *invenrnamis*.

—No es lo que tú piensas —dijo por fin, recordando que ella había dicho que a lo mejor Sirofán era un trolero—. El inventor existe y tiene el taller más grande que puedas imaginar. y los inventos más bonitos que haya habido nunca.

—Entonces...?

—Su máquina de fabricar mamás también funcionaba, no te creas Pero... algo extraño ocurrió. Salían las mamás que Sirofán quería. Si se pedían guapas, salían guapas; si se pedían cariñosas, salían cariñosas. Lo que pasa es que algo no fue bien y siempre eran demasiado.. algo. O demasiado cariñosas. o demasiado presumidas, o demasiado lloronas...

—O sea. que al final no te gustó ninguna.

—Claro que no. Yo quería una mamá normal. Sin defectos.

De pronto. Hortensia soltó una carcajada.

—Por qué te ríes? —pregunto Carlitos, algo ofendido.

—No te enfades —dijo Hortensia, sin dejar de reír—. Me río porque tengo la impresión de que ese Sirofán es un genio. Ni él ni su máquina fallaron.

—Cómo que no?

—Si todo es como me has dicho, las mamás eran completamente normales. ¿O no sabes que nadie es perfecto, ni siquiera las mamás? Las mamás de la vida real también son como las que has dicho. Unas son muy trabajadoras pero poco cariñosas. Otras son muy cariñosas pero carecen de belleza. Algunas son gruñonas pero tienen un corazón de oro... Todas las mamás tienen defectos. Igual que todos los papás. Igual que todos los hijos.

Carlitos la miró, sin acabar de entender lo que estaba oyendo.

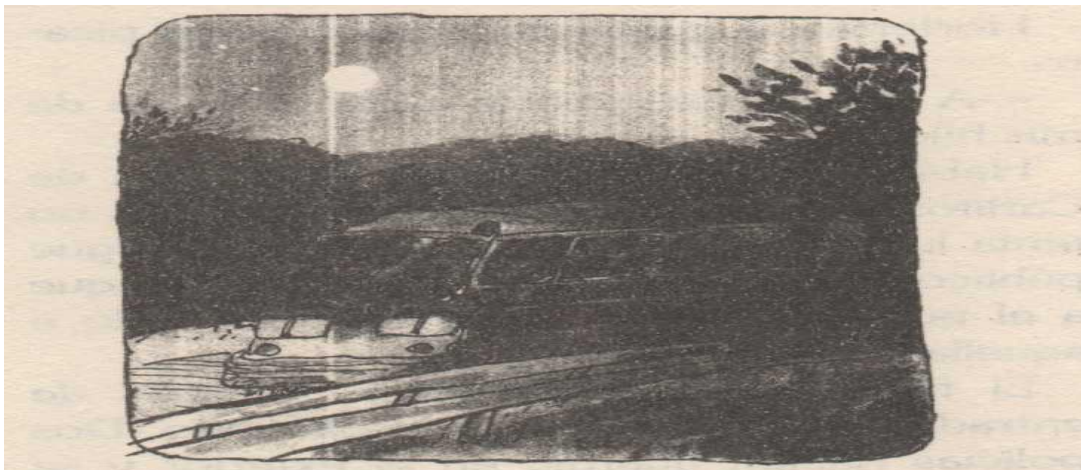
—Si es como dices... Si las madres eran como todas las madres... ¿por qué ni a mi ni a Sirofán nos gustaron?

Hortensia le cogió una mano.

—Porque a una mamá no se la quiere por ser UNA mamá: se la quiere por ser TU mamá. Y cada uno a su mamá le perdona los defectos porque conoce todo lo bueno y porque le tiene cariño desde que nace... Imagínate que yo hubiese salido de esa máquina de Sirofán y que mis hijos hubiesen estado esperando en el túnel. Me hubiesen devuelto al instante, porque querrían una mamá mucho mejor...

Carlitos se quedó en silencio, con la mirada perdida en la oscuridad de la noche que se extendía al otro lado del frío cristal de la ventanilla.

CUANDO el autobús llegó a la gran ciudad los relojes decían que era la una y cinco de la madrugada. Seguramente había una hermosa luna llena y estrellas :en lo alto. Pero ya se sabe cómo son las grandes ciudades. Por más que miras, sólo ves edificios rascando el cielo.
—Iremos en taxi.



Carlitos miró a Hortensia al oírle estas palabras.
—No me queda dinero —ledijo.
Hortensia le guiñó un ojo con gesto pícaro.
—A mí, sí. Le robé la cartera a uno de mis hijos.
Habían, acordado irse los dos a casa de Carlitos. El insistió porque sabía que ella no tenía lugar donde dormir salvo un albergue público. Ella no se opuso porque temía que a él pudiese ocurrirle algo si se iba solo a aquellas horas.

El taxi se detuvo frente a la verja de entrada a la mansión de don Olegario. Dos policías hacían guardia en el exterior y se acercaron de inmediato a Carlitos y Hortensia.

—,Quiénes son ustedes? —preguntó uno de ellos.

—Ha pasado algo? —preguntó Carlitos, alarmado.

—Nadie puede entrar ni salir de esta casa, sin permiso de su dueño —dijo el policía.

—Por qué? —volvió a preguntar Carlitos.

—Su hijo ha desaparecido.

—Yo soy su hijo!

Los dos policías se miraron con sorpresa.

---Eres el hijo de don Olegario Barrús?

—Sí.

Abrieron de inmediato la verja y el taxi entró hasta la puerta de la casa. Y en la misma puerta estaba...

—Papá!

Don Olegario Barrús, al oír la voz, corrió hacia Carlitos y lo abrazó emocionado.

—Hijo mío! ¡Temía no volver a verte! ¡Temía que hubieras podido sufrir un accidente... !

—Pero, papá —acertó a decir Carlitos—. Tú aún no tenías que volver hasta dentro de más de una semana.

—En cuanto supe de tu escapada, cogí el primer vuelo de regreso. Todos estos días hemos estado buscándote... ¿dónde has estado?

Carlitos se lo contó todo allí mismo, en el umbral de la puerta. Le habló de Sirofán y el *Inuenmamis*. De Apolonio y Hortensia. No quiso ocultar nada.

—Yo, papá, quería conseguir un buen negocio para ti. - - —dijo al final, temiendo el castigo que sin duda le impondría su papá.

Pero don Olegario se quedó en silencio, acariciándole el pelo. Carlitos notó que estaba sin afeitarse y tenía grandes ojeras de no dormir.

—Ya es muy tarde, hijo, y estarás cansado. Mañana tendremos tiempo de hablar más.

A Hortensia le prepararon una habitación de invitados que estaba muy cerca de la que ocupaba Carlitos.

AQUEL viernes, don Olegario Barrús se levantó casi al amanecer. Durante horas paseó solitario por el inmenso jardín.

Sobrepasado el mediodía, subió a la habitación de Carlitos. Este, pese a estar despierto, seguía aún acostado.

—Buenos días.

—Buenos días, papá.

Don Olegario se sentó al borde de la cama. Parecía más viejo que nunca y más cansado. Sin embargo, Carlitos creyó verle en los ojos un brillo juguetón y

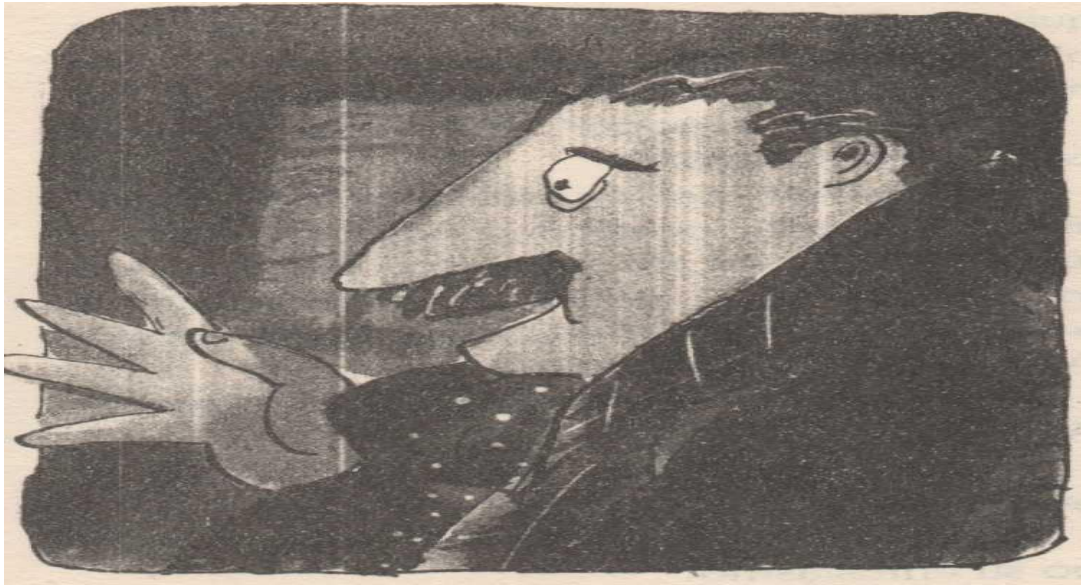
alegre.

—He estado pensando mucho en ti y también en mí... —empezó a decir don Olegario en voz muy baja.

—No lo volveré a hacer nunca más, te lo prometo —le interrumpió Carlitos, temiendo que hubiese llegado el momento inevitable

Su papá pareció leerle el pensamiento y sonrió.

—Tranquilo, no tengo ninguna intención de castigarte. Al contrario, creo que si alguien merece algún castigo por lo que ha pasado, ese alguien sólo puedo ser yo. No me he portado bien contigo durante estos últimos años, desde que sucedió lo de mamá... He comprendido que no puedo seguir teniéndote encerrado, tan sólo por miedo a que te ocurra algo. Y tampoco debo seguir dejándote con la única compañía de nuestros fieles criados... En fin, quiero que sepas que a partir de ahora voy a estar mucho más tiempo en casa. Dejaré



que mis fábricas las lleven otros y que sean otros los que busquen más dinero. Para nosotros dos ya tenemos más que de sobra.

—De veras, papá? ¿Ya no te vas a ir cada poco de viaje?

—Claro que no. Quiero tener el tiempo libre para estar contigo y pasear e incluso jugar. Pero eso no es todo, he decidido igualmente que debes acostumbrarte a tener que ir cada día al colegio en la ciudad. Así harás buenos amigos...

-.Puede ser el mismo colegio al que va Apolonio?

—Si ese es el que quieres, ese será tu nuevo cole. Carlitos no pudo disimular por más tiempo su entusiasmo:

—Papá, eres estupendo!

Don Olegario le hizo un gesto, para indicarle que no había terminado.

—Hay otra cosa —añadió— en la que he estado pensando... Pero necesito saber antes tu opinión?

—Sobre qué?

—Esa amiga tuya que ha pasado aquí la noche...
¿Cómo se llama?

—Hortensia.

—Hortensia, eso es. ¿Es cierto lo que me contaste anoche? ¿Que se escapa de los asilos, viaja en autobuses a ninguna parte y se queja para poder hablar con desconocidos?

—Sí, así es, papá.

—Y tú no crees que, quizá, le gustara quedarse aquí, a vivir con nosotros?

Carlitos se colgó del cuello de don Olegario.

—¡Sería fabuloso!

—Pues si eres capaz de convencerla, has de saber que yo estoy completamente de acuerdo.

Carlitos la convenció. Es cierto que al principio se hizo la dura la difícil. Pero después dijo que, bueno, que, si no quedaba más remedio, haría el papel de “abuela.

—Porque eso es lo que tu padre y tú queréis, verdad?

—había comentado con sonrisa pícaro.

Y fue así, de esta manera extraña y complicada, como Carlitos pudo volver a disfrutar de un papi y estrenar a una “abuela” traviesa y revoltosa que iba casi todos los días a jugar con él y con Apolonio a un hermoso parque con árboles y ancianos.

La reja de la casa no volvió a cerrarse y tan sólo sirvió para que trepasen por ella las enredaderas.



Y Carlitos nunca pudo olvidar a Guillermino Sirofán y su fantástico *Invenmamis*, aquella máquina que sólo sabía hacer mamás tan imperfectas... como las verdaderas.